MIRAR HACIA DELANTE

El viernes el jefe me citó en su despacho y pronunció ese discurso tantas veces temido y postergado. Mis servicios ya no eran necesarios en la compañía, pero sería tonto si me lo tomara a la tremenda. Al fin y al cabo, todavía eres joven y puedes empezar de cero. ¿De cero? De cero no empiezan ni los críos... Pero, sí, aún soy relativamente joven y puedo mirar cara a cara al futuro, que no se sabe de nadie que se haya convertido en estatua de sal por echarle valor a la vida.

Y entonces, alma de cántaro, por qué lo primero que hiciste el sábado, cuando te despertaste, fue levantar el arcón abatible de la cama y rebuscar en el pasado, como una Karina sin voz ni flechas de Cupido. Entre todos los archivadores, los recortes de prensa y las fotocopias de poemas destinados a la gloria que la vergüenza frustró, fui a dar, *¡oh tiempos, oh costumbres!*, con el diario que llevaba a los catorce años, el verano que pasé con los abuelos en un pueblo de cuyo nombre no puedo olvidarme, Navalafuente, en la Sierra Norte de Madrid.

Esto, digo, sucedió el sábado y hoy, que es martes, sigo ahí, fondeado en ese tiempo, igual que un sueño –que en alemán remite a «trauma»– y lamentando no sé muy bien qué. ¿Que he crecido? ¿Que la ruta a la Cascada del Cancho ya no me parece tan larga y la Iglesia Parroquial de San Bartolomé no me impone tanto como antaño?

¿Qué hay en ese verano de particular, vamos a ver, salvo el disfraz de colores con que el presente gusta de vestir todo lo pasado?

El diario no miente: me recuerda, sin entrar en detalles, que mis padres se estaban separando y que pactaron una tregua los meses de julio y agosto, lejos de los lazos familiares y de las pendencias menudas que la rutina había ido cebando. Mis abuelos, que vivían en una casa de la plaza de la Fuente, me abrieron la «porta» de su paraíso, que no era dorada sino del color de la piedra y la madera del potro de herrar, del verde de los enebros y los sauces y de los cansados matices de los antiguos molinos del Remoralejo y el Jaral.

A falta de talento, me limitaba a registrar en el diario los sinsabores de la vida, que puede que se redujeran a que los días eran demasiado largos y las noches

muy cortas. Por pudor, supongo, no hablaba de mis padres, a los que mis abuelos tampoco mencionaban. Al anochecer sonaba el teléfono, uno de esos antiguos, de rueda; y primero a una y luego a otro, o viceversa, les resumía mi jornada, si me sentía con ánimos, o guardaba un silencio sepulcral y vengativo, porque habían dejado de quererse y a mí me habían abandonado en tierra de nadie.

Leí mucho, aquel verano, y doy gracias a mi paciencia por haber registrado los títulos –una versión adaptada de *La Odisea*, *La llamada de lo salvaje*, *Kim*, *Un saco de canicas*... – y me mojé mucho los pies, en el arroyo Gargüera, y me reí, y lloré, y me aburrí, todo con exceso, sin mesura; aunque, a la hora de plasmar mis emociones, el cirujano que nunca fui me poseyera con su frialdad y su distancia.

La verdad es que no quería operar cuerpos, sino almas. De ahí mis veleidades literarias, que perdí en algún recodo del camino. Con el inventario de versos de mi adolescencia, podría haber llenado unas cuantas carpetas escolares, pero siempre supe que la poesía no me daría de comer y, por mi timidez, tampoco de besar. Al final, estudié Derecho, que al menos era de Letras y, en la Facultad, conocí a Nuria, que una mañana me dio el «sí, quiero» y una noche, años después, la patada. Merecida, por supuesto.

Mis abuelos se fueron pronto y mi padre, de natural urbanita, puso en venta la casa para ayudarse con la pensión alimenticia y los demás gastos. Era, ahora lo veo, un pobre hombre, un esclavo del trabajo y un vasallo de su ausencia. La vida echó a correr, como el galgo de Nuria, King; y yo me quedé quieto en un bufete de abogados durante tres lustros, entre minutas y aprensiones, enterrando mis recuerdos bajo la cama, como un cadáver inodoro pero no indoloro.

Porque los recuerdos duelen, vaya que sí, y lo peor es que nunca se bastan a sí mismos y siempre piden más, otras visiones, otras pinturas, otros veranos para acompañarse. Lo peor es que han pasado tres días desde el sábado, y sigo ahí, o puede que en otro sábado, una noche cualquiera de ven acá, que es tu padre quien te llama, y me da igual lo que hagáis o lo que digáis los dos, y sea lo que sea de mayor yo no voy a ser como vosotros.

PSEUDÓNIMO: KARINA